



¡VaCa!

Mi nombre es Pedro, y les quiero contar mi loca historia del día en que una vaca me cambió la vida. Seguro pensarán que no es posible, pero si se los cuento yo, que lo viví, tendrán que creer.

Soy un chico, podríamos decir, de departamento. Amo las computadoras, los autos, jugar a la pelota en la canchita de pasto *sintético. Me gusta tener el kiosco en la esquina por si quiero chicles, ir a la cancha el domingo con mi papá y al shopping con mamá para almorzar el combo de papitas y hamburguesa. Tengo un perro que se llama

*Pasto sintético: pastito que parece de verdad, pero es de mentira, no se lo comerían los camellos de los Reyes.

Basura porque lo encontré en el contenedor de la esquina una noche, y porque come eso, basura. Pero esa es otra historia. Sigamos con esta que es tremenda.

Ustedes ya saben que los padres no nos preguntan a los hijos qué preferimos, sólo lo hacen cuando hay que elegir el gusto del helado, pero cuando la cosa es importante... ¡zas! eligen ellos. Y así fue como una tarde papá me cuenta muy contento que nos mudábamos, que la familia tendría un cambio importante, para vivir más sanamente, estar más tiempo juntos, blablablá.

Y me mostró, con esa sonrisa que le veo solamente cuando gana Boca, una foto de nuestra futura casa: techito con chimenea, muchas ventanas y alrededor verde. Pasto verde, árboles verdes, plantitas... verdes. Y me dice:

-¡Vas a poder jugar a la pelota muchísimo! ¿Te gusta?

Tenía ganas de gritarle que eso era pleno campo. Que a la pelota únicamente podría jugar con los *teros. Que yo odiaba irme.

Algo vio en mi cara porque me abrazó y me dijo:

-Te anotamos en la escuela del pueblo. Ahí vas a tener nuevos amigos.

A mi papá nunca le conté que en la escuela a veces lo paso mal, que hay unos pibes que me molestan siempre, que no me pasan la pelota en los partidos y que no me resulta fácil hacer amigos.

Y ahí nos fuimos una mañana, el camión cargado de nuestras cosas siguiendo el auto por un largo camino de tierra. Basura y yo éramos los únicos que no estábamos contentos; yo por lo que ya saben, Basura para acompañarme a mí con la pena, él es así...

La casa era de esas como de cuentos de chicas, con techito rojo y todo eso. Mi habitación no estaba mal, era grande y tenía una ventana enorme que daba a un campo... con vacas.

*Teros: pájaros que hacen el nido en el suelo en vez de hacerlo en los árboles; y si pasas cerca te gritan "teruuu teruuuu" para que sepas cómo se llaman.



Los primeros días en la nueva casa fueron de mucho trabajo ordenando todo y mamá empezó una huerta (¡a comer verduras Pedrito!).

Y llegó el día de ir a la escuela. Me dejaron en la puerta y ahí estaba yo, con muchos pares de ojos posados en mí. Agaché la cabeza y me fui a buscar mi aula y un banco libre sin mirar a nadie. Puse la cara de malo aunque por dentro sentía otras cosas. Y tal como me imaginé, pasé ese día y toda la semana solo, en una escuela donde todos parecían pasarlo bien, menos yo.

Todo comenzó un lunes que amaneció frío, cuando inventé un dolor de panza para no ir, y no me insistieron porque soy buen actor *dramático. Me quedé en la casita nueva, tan aburrido porque aún no teníamos internet, que me puse a mirar por la ventana. Allí estaban las vacas de siempre, haciendo lo suyo, comiendo pasto como si fuera muy rico. Pero ese día una de ellas se había acercado mucho

*Dramático: es como me pongo cuando lloro con lágrimas y todo para que me den lo que quiero y nunca me da resultado. Recién cuando me calmo me escuchan.

a nuestra cerca y estaba comiendo las flores de nuestro lado. No sé por qué, tal vez de puro aburrido, abrí la ventana y le grité con ganas:

-¡Vacaaaaa!

El animal enorme dejó de masticar y volteó su cabezota para mirarme con unos ojazos negros. Muy negros. Tenía restos de flores en la boca y me resultó gracioso. Me reí como hacía mucho no lo hacía. La vaca volvió a agacharse para seguir con su desayuno de flores. Y volví a gritarle:

-¡Vacaaaaa!

Ella volvió a mirarme. Y así estuve un rato, llamándola, y ella no se cansó nunca de seguirme el juego. Salí al jardín, y corté de la *huerta algunas lechugas. Me acerqué despacio al alambrado y casi podía tocarla. Estiré mi brazo con la planta en la mano y ella la tomó con su bocaza, pero enseguida la escupió con ganas, mostrándome su lengua con un gesto de asco.

*Huerta: lugar lleno de tierra, donde se ponen semillas, se riega y después crecen tomates, zapallos y otras verduras que mi mamá me hace comer.

-¡Ah! No te gustan las verduras, en algo nos parecemos. ¿Querés flores?

Y diciendo esto me puse a cortarle las que estaban lejos de su alcance, y la señora vaca parecía contenta.

-Te voy a poner un nombre. Te pareces un poco a la directora de la escuela nueva. Se llama Matilda, te queda bien.

Y así la vaca tuvo nombre. Y todos los días al volver de la escuela venía en el camino juntando flores para Matilda (porque ya tenía problemas con mamá que se había quedado con el jardín pelado).

Ella me esperaba, aunque suene raro, porque una vaca no es como mi perro Basura que te espera moviendo la cola, pero les juro que Matilda sabía la hora en que yo regresaba a casa y la encontraba junto al alambrado, y en cuanto me veía hacía sus “muuuuu” muy largos. Me enteré de que ese sonido se llama mugido; “todos los días se aprende algo”, dice mi abuela.

Cada día me estaba volviendo más raro y si algo me faltaba era tener conversaciones

amigables con una vaca. A ella le contaba todo, por ejemplo, que volvía con María, una chica de mi clase que vivía cerca, aunque casi no hablábamos.

De a poco fui enseñándole cosas. Decía que sí con la cabeza si le preguntaba si quería flores frescas. Si le daba pasto común sacaba la lengua y hacía que “no, no, nooo”. Cuando se portaba mal, porque comía las flores prohibidas de mamá, agachaba la cabeza arrepentida. Y lo mejor de todo, sabía su nombre, porque yo la llamaba “Matildaaa” y ella venía al trote.

En la escuela estaba todo tranquilo, no se metían conmigo, pero tampoco me tenían en cuenta. Yo era invisible prácticamente, y para mí era mejor así. Ya lo había pasado feo en la otra escuela, así que ahora yo era “el nuevo con cara de malo”, al que todos evitaban, y nadie me molestaba. Eso sí, me aburría muchísimo.

Y aquí viene lo que les quería contar para que me crean que una vaca, común y corriente, de esas blancas con manchas negras